

El paisaje de los muertos: tres cementerios purépechas de la región lacustre de Michoacán

Gabriela Servín Orduño

Estudiante del doctorado en Historia en el Instituto de Investigaciones Históricas- UMSNH, Morelia, Michoacán, México. Ha presentado varias ponencias y es autora de los artículos: “Práctica higiénica y arte funerario en el Panteón Civil de Morelia, 1882-1910”, 2012; “La casa de Adrián Giombini. Expresión de un eclecticismo único en Morelia”, 2012; “*La representación nacionalista de la muerte en la obra mural de Diego Rivera*”, 2012; “Historia del Panteón Civil de Morelia, 1882-1930”, 2010. Correo electrónico: didjazatharma@hotmail.com

Cindy Vanessa Olvera
Camacho

Licenciada en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Artículo recibido: 15 de noviembre de 2013

Aprobado: 13 de diciembre de 2013

Modificado: 9 de diciembre de 2013

El paisaje de los muertos: tres cementerios purépechas de la región lacustre de Michoacán

Resumen

El presente artículo es un intento por recuperar el concepto de espacio desde el aporte que épocas recientes ha realizado la Geografía Cultural, partiendo del estudio planteado por el geógrafo cultural Mike Crang, quien ha propuesto el estudio de este concepto como algo integral, que englobe y relacione las formas, manifestaciones culturales e identidades, a

partir de una mirada simbólica. También es un esfuerzo por utilizar herramientas metodológicas novedosas como el uso de la literatura, las fotografías, mapas y testimonios orales, fuentes que sirven de apoyo a la Geografía Cultural.

El texto puede leerse en dos momentos, el primero en el que el lector podrá adentrarse al análisis sobre la teoría de Mike Crang y sus posibles usos para el estudio de los cementerios. El segundo momento es una aplicación de los conceptos planteados al estudio de los cementerios de la región lacustre de Michoacán, específicamente Tzintzuntzan, Cucuchucho y Arocutín, elegidos por su gran interés cultural y su visión peculiar en torno a la muerte.

Palabras clave: metodología, geografía cultural, cementerios puréhepechas.

The landscape of death: three purépecha cemeteries of the lacustrine region of Michoacán

Abstract

This article is an attempt to recover the concept of space from the contribution that in recent times has made the Cultural Geography, from the study posed by the cultural geographer Mike Crang, who proposed the study of this concept as integral, encompassing and relates the forms, cultural events and identities, from a symbolic point of view. Also is an effort to use innovative methodological tools such as the use of literature, photographs, maps and oral testimonies, sources used to support the cultural Geography. This text can be read in two stages, the first in which the reader can enter the analysis on the theory of Mike Crang and possible uses for the study of cemeteries. The second step is an application of the concepts raised in the study of cemeteries in the cemeteries of the lacustrine region of Michoacan, Tzintzuntzan specifically, Cucuchucho and Arocutín, chosen for their great cultural interest and peculiar about death vision.

Keywords: methodology, cultural geography, puréhepechas cemeteries

El paisaje de los muertos: tres cementerios purépechas de la región lacustre de Michoacán

Introducción

La muerte es un tema que forma parte importante de la vida del ser humano; las ciencias humanas y el pensamiento religioso han dedicado investigaciones relacionadas al impacto de este proceso. En la recuperación de las memorias materiales que los vivos reformulan en el recuerdo de los muertos, pero también al análisis de aquellas percepciones que dejan huella de una manera intangible, la cuales intervienen y marcan la forma en cómo los vivos perciben a los muertos y la idea de la muerte, modificable según la cultura, sociedad, época y espacio.

La imagen de la muerte se eleva a primera intensidad, presentándose tal como es, pero también representando algo más, que se relaciona con la manifestación del sentimiento de ausencia y temor ante la muerte. Esto forma parte de un sentimiento natural del miedo al olvido, para el caso de la sociedad mexicana se ha manifestado en el pensamiento sobre la continuidad de la vida después de la muerte. Esta de idea la muerte ha empapado varios aspectos centrales como: los rituales funerarios, fiestas y manifestaciones materiales, que no pueden explicarse sin tener en consideración sus raíces históricas, por un lado, la cosmovisión mesoamericana y por otro, el pensamiento del Medioevo europeo.

Dentro de las culturas mesoamericanas, la dualidad se encontraba presenta en su concepción cosmogónica y en cada aspecto de la vida; era representada como un ciclo constante de vida-muerte-vida, se consideraba a la muerte como una prolongación de la vida en otro mundo, los rituales funerarios eran una muestra clara de ese sentir sagrado de la vida, pues enterraban a los difuntos con todo lo necesario para el nuevo viaje, es decir, comida, agua, y demás enseres.

La convivencia con los difuntos era parte de lo cotidiano, un vínculo entre la vida y el más allá, por lo cual en su visión no había cabida para el temor, ni para la preocupación hacía la muerte, lo cual no quiere decir que esta fuera tomada de manera superficial, ya que se mantenía un enaltecimiento del alma que sobrevivía al cuerpo. Así, el espíritu era independiente de la materia y podía residir en algunos animales.

Por otra parte, se encontraba la raíz española que partía del pensamiento del Medioevo, periodo en que el tema de la muerte se tornó popular. Esto respondió a las epidemias que arrasaron con un gran número de la población.

Dentro de la visión española, la muerte era vista como un sueño momentáneo que terminaría con la resurrección en cuerpo y alma en el día del Juicio Final. En esta visión religiosa era importante ser enterrado en un lugar sagrado. Al arribo de los españoles a tierras mesoamericanas, trajeron consigo nuevos ritos, creencias y representaciones de la muerte. Debido al valor simbólico y a la manera de percibir el mundo, las dos religiones que se encontraron tuvieron un punto de referencia y explicación sobre el momento de abandonar el cuerpo, y el lugar a donde este se conducía en su aspecto terrenal y espiritual. Estas dos ideas pudieron mezclarse aún con la imposición de la una sobre la otra, y aunque la religión católica fue la que predominó y se impuso, permanecieron algunos elementos de las antiguas religiones mesoamericanas, dando paso al hibridismo cultural, que se encuentra tan presente en la cultura mexicana.

El interés de este trabajo radica en retomar el estudio de los cementerios desde una mirada cultural, entendiéndolo como un espacio que nos permite a cercanos a entender las manifestaciones en torno a la muerte. El cementerio, como representación¹ material de la necesidad individual y colectiva de exteriorizar sentimientos. Como un espacio destinado a la comunidad de los muertos, en donde los vivos han plasmado sentimientos y sensibilidades, recuerdos, y anhelos de inmortalidad, pero a la vez como lugares en donde la comunidad de los vivos hacen demostración de su status social.

El trabajo que estamos proponiendo puede leerse en dos momentos, el primero en el que se realiza un análisis sobre la metodología de la Geografía Cultural y sus posibles usos

¹ Para C. Geertz la representación “denota dos familias de sentidos aparentemente contradictorios: por un lado, la representación muestra ausencia, lo que supone una neta distinción entre lo que representa y lo que es representado; por el otro, la representación es la exhibición de una presencia pública de una cosa o una persona. En la primera acepción, la representación es el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una imagen capaz de volverlo a la memoria, y “ pintarlo” tal cual es... se postula entonces una relación descifrable entre el signo visible y el referente significativo” en este sentido la representación implica traer al presente algo que puede estar previamente ausente, significa presentar un objeto o cosa de nuevo en una exhibición pública, la presentación de algo que no está presente la cual puede adoptar una forma tanto lingüística, como visual; el cuidado que se debe tener es con la ficción entendiendo a esta como una representación exagerada de la realidad, pero se hace pertinente utilizarla y leerla pues ella cuenta de ansiedades miedos deseos de los individuos que vivieron una época determinada (Chartier 1999, 58)

para el estudio de los cementerios, vistos éstos como un punto geográfico de distintas lecturas, y símbolos van más allá del monumento funerario.

El segundo momento es una aplicación de la teoría al estudio de algunos cementerios de la región lacustre de Michoacán: Tzintzuntzan, Cucuchucho y Arocutín, que fueron elegidos por su interés cultural y su visión peculiar en torno a la muerte.

Primer momento: la geografía cultural, una aproximación

En años recientes las miradas en torno a la muerte han dado nuevos giros y nuevas posibilidades como las que se plantea la Geografía Cultural, proporcionando una nueva metodología para el estudio de los lugares de la muerte.

Sin duda, la Geografía es una de las ciencias que se ha renovado constantemente, rebasando los preceptos de su propia disciplina y ha incursionado en temáticas que incluyen a la cultura y a sus agentes sociales. Ha tenido que sufrir avatares y retrocesos, sin embargo los trabajos de Vidal de Blache, Darby, Sauer, y la incursión de la multidisciplina de la Escuela de los Annales, provocaron que el paisaje fuera visto como resultado del hombre en el espacio (Baker y Gregory, 1984, 182).

En este sentido surgieron nuevas ramas, como la geografía cultural que ha puesto un especial interés al estudio integral del espacio. Algunos teóricos han señalado que esta nueva disciplina debe verse como una relación de todas las formas, manifestaciones culturales e identidades, considerando que cada geografía puede tener una gran abundancia y pluralidad de culturas. Por lo tanto pretende ver tanto las formas de la diferencia, la cultura material e inmaterial de los grupos, los aspectos simbólicos, las discontinuidades, los vacíos, así como las ideas que los mantienen unidos y que los hacen coherentes (Crang, 1998, 2)

Una preocupación constante presente dentro las investigaciones propuestas por los teóricos de esta disciplina, es el uso indistinto del concepto de espacio o lugar, los cuales son tomadas no sólo por los geógrafos como sinónimos y que podrían llevarnos a caer en ciertas reducciones. Según Mike Crang, podemos pensar el espacio teóricamente a partir de dos divisiones sencillas: el concepto nominalista y substancialista.

El espacio bajo su forma nominalista refiere a un “espacio vacío” un especie de contenedor que necesita ser llenado con procesos históricos, sociales, o cuestiones

materiales, es tomado más como un contexto, usado a manera de referencia directa o indirecta, con una perspectiva más lineal (De Ita 2012, 180).

La segunda división la forma substancialista tiene que ver más con el lugar, en donde la misión es poder observar la naturaleza misma del espacio, algo así como el “espíritu del lugar”, según Michel Marié se refiere a: *Genius loci*, al espacio que requiere la magnitud del tiempo de las repeticiones silenciosas, de la maduración lenta del trabajo, del imaginario social, en las normas para que el espacio se convierta en lugar, para que llegue a ser algo coherente y significativo para nosotros (De Ita 2012, 180). Es en este concepto donde se podrían situar diferentes niveles de interpretación, como la proximidad, la apropiación, así como la forma de vivir, percibir y representar al espacio (Price 2008, 151).

Las ideas en torno a la noción de lugar se convierten en paisajes que pueden ser pintados y construidos por las sociedades, dando paso a lo que la geografía cultural ha nombrado como *paisajes culturales*: reflejó del paso de una sociedad en el tiempo, cultura, creencias, prácticas y tecnologías (Crang 1998,14). Es así como los espacios como deben ser mirados y estudiados, a partir de estos significados simbólicos y culturales.

Dentro de los estudios realizados por los geógrafos culturales una intención constante es presentar la diversidad y la pluralidad de la vida en toda su riqueza y variedad, sobre cómo el mundo y los paisajes culturales son interpretados por la gente, cumpliendo la función de perpetuar la cultura.

También se ha preocupado en una traída interesante turismo-paisaje-identidad nacional y en la estética visual. Consideramos que es necesario poner atención en este planteamiento que nos lleva a cuestionarnos, ¿será que la construcción de los espacios ha sido manipulada con algún fin identitario?, o ¿cómo es que se ha formado este tipo de construcciones?, es importante tratar de problematizar un poco más sobre esta cuestión, podemos imaginar un edificio o en este caso la construcción de un cementerio y saber que fue edificado bajo un contexto histórico-social específico, o como resultado de la aplicación de alguna ley o idea higienista, pero que pasa cuando por cuestiones de fomento a la identidad nacional este espacio se va alterando con el tiempo, poniendo en claro que no se modifica de una manera natural, si no que es manipulado por algún ente de poder o cuando las ideas turísticas pretenden crear imágenes inmutables en el tiempo, creándose espacios de dominación o imaginados.

La geografía cultural en este sentido ha puesto atención a las narraciones que han creado lo que ellos llaman espacios de dominación, o espacios imaginados aquellos discursos que han creado imaginarios como lo oriental, exótico, o lo imperial (cf. Said, 1990), vinculado directamente con el tema de la otredad. Estos planteamientos han ayudado a los geógrafos culturales a plantearse otro tipo de interrogantes sobre la identidad. Mirando como las cartografías culturales marcan un serie de yuxtaposiciones que tienen que ver en cómo me miro, pero también como me miran, las posibilidades de la mutación y las conexiones entre los diferentes espacios culturales, la superposición entre paisajes culturales contradictorios que han permitido la emergencia de la vitalidad y la creatividad, apareciendo estrategias político-culturales (Crang, 1998, 175).

Es importante poner en el entramado de la discusión el tema de la nostalgia colonial que se ha planteado en algunas investigaciones recientes bajo un enfoque de los estudios poscoloniales² que han sido motivo de análisis cuidadosos en Gran Bretaña. Desde hace tiempo, el análisis postcolonial ha criticado la nostalgia colonial, añoranza por el retorno a las culturas nativas, pero que con acciones contradictorias las destruye. Algunos críticos han señalado como en años recientes se ha empezado a presenciar una nostalgia postcolonial por los tiempos coloniales, generándose una “recolonización” de las instituciones y de los lugares que pretenden adoptar apariencias antiguas como parte de la mercadotecnia turística (De Ita 2012, 181). En algunas ciudades de México esto es muy común, ejemplo de ello son las personas que vestidas a la usanza española de tiempos coloniales te invitan a dar un recorrido por los lugares “representativos” de la ciudad, esto

² Los estudios poscoloniales surgen como una opción metodológica y teórica para abordar temas como el género, movimientos sociales, clases o razas marginadas. Hacen su aparición alrededor de la década de los años setentas en Inglaterra con las reuniones de algunos historiadores del sur de Asia entre ellos Ranajit Guha (estudios marxista hindú que fue un pilar clave dentro de estos estudios), las cuales tuvieron como resultado la iniciativa de crear nuevos planteamientos teórico-metodológicos en el ámbito histórico apoyados de la antropología y la etnografía, en donde se rescató el papel de los grupos subordinados, reconocían la importancia de estos grupos como aquellos que generaban una conciencia colectiva o conciencia de clase y a partir de ahí realizaban ciertos movimientos emancipadores que no eran parte de resultados aislados. Lo novedoso de los estudios poscoloniales radicaba pues en que proponían el estudio de la historia social de las clases subordinadas para países tercermundistas como los de América Latina y los de Oriente en donde el pasado colonial había dejado huellas muy marcadas que habían determinado en gran medida sus relaciones de poder (ya fuese en el ámbito político, económico o cultural) y en los cuales esta historia era en algunos casos muy reciente, surge pues como una nueva lectura de esta historia desde abajo, creando categorías claves (como la de subalternidad, hegemonía, nacionalismo, cultura) y métodos que ayudaban a desentrañar esta historia a veces oculta o silenciada, nacían los sujetos subalternos.

se ha manifestado también en algunos cementerios, sobre todo en aquellos que han sido denominados como patrimonio cultural de la humanidad.

Otros de los temas en los que los geógrafos culturales han puesto atención son: la imagen y lo estético visual, señalando la importancia de mirar al otro sin el lente turístico e imaginario, mostrar lo bello, tradicional y armónico, pero también aquello que puede ser grotesco, terrible, o romper con la idea de estética a la que estamos acostumbrados, de esta manera poder apropiarnos de una imagen más nítida del lugar y de su cultura.

En este sentido es importante resaltar la importancia que le han dado a otro tipo de herramientas como los medios audiovisuales, la fotografía, así como a la literatura, como formas distintas que pueden ayudar a investigar el significado de los paisajes. Para el caso de la literatura, la novela es la consentida por describir los lugares, entornos, espacios, límites, perspectivas y horizontes. Nos invita a reflexionar y poner atención a los detalles, contextos e imágenes que dibujan estas fuentes literarias.

Pero ¿qué tiene que ver la geografía cultural con los cementerios? ¿qué planteamientos metodológicos pueden ser aplicados? Consideramos que se podría empezar por mirar a los cementerios como *paisajes culturales* cargados de significaciones y representaciones sociales, con estructuras específicas que se transforman de una manera lenta, en la larga duración. Tomando en cuenta que en la historia de los cementerios también han surgido coyunturas importantes que han determinado que el espacio cambie más rápidamente, en donde se pueden apreciar las resistencias y permanencias, el recuerdo y el olvido.

También metodológicamente podemos comenzar por utilizar otro tipo de fuentes no oficiales como las misceláneas, la literatura de viajes, la pintura, las artesanías, música, o aquellas manifestaciones culturales que nos permitan ver al cementerio como parte de un todo, reflexionando sobre la inmanencia del tiempo, poniendo especial interés en los cambios naturales de la cultura, así como en aquellos que son manipulados con un fin en específico. La intención de observar al cementerio desde esta perspectiva, es sólo una preocupación más por remirar a la comunidad de los muertos, en esta investigación en específico hemos tomado algunos panteones de la región lacustre Michoacán para reflexionar sobre su creación y cultura en torno a la muerte.

Y la muerte llegó

La región lacustre, zona central del estado de Michoacán³ pertenece a la cultura purépecha, tiene sus raíces, en el período posclásico mesoamericano, hacia el 1200 d.c, ocupó el actual estado de Michoacán, así como algunos valles de Guanajuato, Jalisco y del Estado de México. En un primer momento se asentaron a orillas del actual lago de Pátzcuaro, zona que fue clave para su desarrollo, y en la que fundaron la capital del reino purépecha, Tzintzuntzan. El año de 1522 fue el encuentro cultural de indígenas y españoles, dándose así el inicio de la evangelización. Este nuevo contexto hizo que surgiera una nueva cultura mestiza purépecha, que fue adaptándose según la región, haciendo propias las prácticas culturales que han dado origen a sus singularidades.

La percepción de los pueblos purépechas con respecto de los muertos y de la muerte, ha originado ritos que han tenido trascendencia, a nivel local, nacional e internacional, un claro ejemplo es la celebración de la noche de muertos.

En este pensamiento, la muerte era vista como algo cotidiano. Los vivos seguían manteniendo una estrecha comunicación con los muertos, ya que se les pedían algunos favores como: “traer los vientos, a las lluvias y pueden ir lejos, hacer algunas peticiones por los vivos, incluso ante la muerte misma, donde los vivos no pueden llegar” (Oliveros 2006, 205) estos continuaban siendo parte de la familia y de la comunidad, sólo que ahora ayudándolos desde el más allá.

La cultura funeraria en la región lacustre tiene sus similitudes y en algunos casos notables diferencias. De forma general los procedimientos funerarios, que se llevan a cabo son parte del ritual católico.

En la comunidad de Tzintzuntzan las prácticas funerarias dependen de la edad y del sexo del difunto, si un niño muere al ser considerado como un angelito, son los padrinos de bautizo los que ayudan a dar la última vestimenta: “un vestido blanco y una capa azul para las niñas, y ropa de “santos” para los muchachos, que consiste en una túnica y medias brillantemente coloreadas. Los niños de ambos sexos visten una corona de papel plateado adornada con flores” (Foster 2000, 371). La preparación del cuerpo es lo que cambia, ya

³ Michoacán se encuentra en la parte oeste de la República Mexicana y colinda con los estados de Colima y Jalisco al noroeste, al norte con Guanajuato y Querétaro, al este con México, al sureste con el estado de Guerrero y al suroeste con el Océano Pacífico. La capital de Michoacán es Morelia.

que la velación tanto para los adultos y los niños se realiza durante la noche en la casa del difunto, al día siguiente por la mañana es llevado el cuerpo a la iglesia de San Francisco, donde familiares, y amigos lo reciben con las llamas de los cirios, las campanas anuncian con el “doble” la misa de difuntos. Posteriormente en forma de procesión se lleva el ataúd al panteón, en donde antes de ser sepultado se coloca en la “última morada”, es el adiós de la comunidad y el difunto, se le rezan algunos rosarios y se llevan a cabo cantos religiosos, estos son precedidos por una persona que se encarga de dirigir las últimas plegarias. Los cirios y veladoras que se utilizan para iluminar el camino del difunto son colocadas en un nicho que ahí se encuentra, mientras esto se lleva a cabo se prepara el lugar del sepulcro, para con ello darle el último adiós al cuerpo, pero no al alma, ya que esta seguirá recordándose.

Las prácticas funerarias en la comunidad de Cucuchucho tienen ciertas variantes con respecto de las de Tzintzuntzan, cuando una persona muere la familia avisa al padre encargado de la capilla, quien manda tocar las campanas para avisar que una persona a dejado este plano terrenal, el toque varía según la edad y sexo del difunto. El duelo y la pérdida de un ser querido en esta comunidad se vive de forma colectiva pues la gente acude ayudar a la familia del difunto, le lleva comida: azúcar, fruta, café, pan, y algunas otras cosas para preparar un pequeño aperitivo para recibir a la gente, los hombres ayudan a arrimar leña y a preparar el lugar en donde se llevará a cabo el velorio “cuando alguien muere no se tiene tiempo para llorar uno necesita preparar las cosas para recibir a la gente”(Hipólito José Manuel, entrevista, Morelia 2013).

Mientras la comunidad ayuda a preparar lo necesario para despedir al difunto, la familia prepara el cuerpo procurando un sentimiento de intimidad y finalmente de despedida, cuando la persona que muere es hombre son sus hijos quienes le ponen la mortaja, si es mujer son las hijas, y si es algún niño son los padrinos de bautizo quienes le compran la mortaja y lo preparan. Existe un cuidado por el cuerpo y también procuran un duelo ya que la familia tiene la oportunidad de despedirse, el abandono se pretende sea lo menos doloroso, se arropa y se cuida, pues resulta por demás interesante que la esposa o esposo nunca cambia al cuerpo de su compañero ya sin vida. El velorio se lleva a cabo generalmente toda la noche y al día siguiente se lleva al cuerpo a la iglesia en donde se realiza una misa de cuerpo presente y después es llevado a su nueva casa de descanso, en

donde parientes y amigos lo despiden con lágrimas, risas, silencio y en algunas ocasiones con música, en el entierro el cuerpo es sembrado para su regreso a la tierra, las señoras hacen un cobijo para el muerto, el ataúd es bajado con los rebosos que las mujeres unen para depositar al difunto, terminando así con el ritual funerario.

En Arocutín, tradicionalmente al velorio, asiste toda la comunidad, quienes llevan, maíz, frijol o algún otro alimento a la familia del difunto, a cambio se les ofrece a los concurrentes una cena, la mayoría de las veces se reparte pan y chocolate, aunque puede variar ya que en algunas ocasiones se ofrece a los asistentes algún platillo más elaborado. A la mañana siguiente se realiza una misa de cuerpo presente, para posteriormente realizar el entierro en el atrio. En años recientes los entierros se han acompañado de música, esto generalmente se da si en vida el difunto así lo pidió o si éste ejercía el oficio de músico. Es importante mencionar que aunque en los tres lugares se encuentran diferencias en el ritual, permanece un sentimiento de comunidad, de apoyo y acompañamiento.

La última morada

Los cementerios a lo largo de la historia han tenido distintos momentos, que es pertinente señalar debido a las características con las que nos encontramos a lo largo de la investigación. Sobre todo en el origen de los camposantos y su paso a cementerio civil. Podríamos comenzar en el siglo XII, cuando los entierros en las iglesias o en lugares sagrados comenzaron a hacerse populares⁴.

Estas prácticas funerarias y percepciones de la muerte llegaron a América con el establecimiento de la religión católica; así a lo largo de la Nueva España los enterramientos eran llevados a cabo en los camposantos de atrios e interior de las iglesias novohispanas. Esta costumbre se relacionó en gran medida con las creencias católicas que se tenían sobre la muerte y el “más allá”. En el siglo XVIII el asunto de los camposantos se pretendió cambiar con el proyecto ilustrado, que se enfocó al establecimiento de medidas sanitarias, al reordenamiento del espacio urbano y desde luego, a la mejor ubicación de los camposantos (Marí, 2005, 48)

⁴ Si en los primeros tiempos del cristianismo los difuntos eran enterrados sin tomar en consideración su condición social o material, a partir del siglo XII la muerte dejó de ser igualitaria: la posición social, económica o política constituyeron elementos determinantes a la hora de establecer el lugar de sepultura.

Al pensamiento higiénico se sumó la necesidad por reducir las manifestaciones religiosas de carácter popular vistas como propias a países poco civilizados y que no contribuían con el establecimiento del pensamiento ilustrado. El avance de estas políticas fue lento y se formalizaría hasta mediados del siglo XIX para el caso de las ciudades no así de las comunidades.

La comunidad de Tzintzuntzan “lugar de colibríes” está ubicada a 17.4 km de Pátzcuaro y a 100 km de Morelia.

Presenta un lugar para los muertos muy particular se presenta como un paisaje cultural en donde se ve la huella de la historia de los cementerios, así como aspectos culturales recientes y en él se pueden leer también pensamientos ajenos al lugar, que se han ido incorporando como parte de este discurso de espacios dominados.

La historia de su cementerio puede comenzar a leerse en el atrio del templo de San Francisco, que era usado como camposanto y en el cual aún quedan algunos vestigios de tumbas pertenecientes sobre todo a religiosos de la orden franciscana, esto no quiere decir que ellos fueron los únicos enterrados en este espacio. Sin embargo el paso del tiempo y las nuevas políticas turísticas borraron algún otro vestigio funerario.

En el año de 1930 la comunidad adquirió un terreno con carácter comunal para albergar a un nuevo cementerio de carácter civil. El espacio destinado al panteón en un principio tenía una forma cuadrangular, sin embargo en 1933 fue dividido debido a la modernidad y a la introducción de una carretera estatal quedando así un cementerio en dos partes. Es importante señalar que con dicha apertura los restos no fueron exhumados quedando debajo del pavimento.

El actual espacio que alberga a este panteón se localiza al borde de carretera pero no alejado de la comunidad pues está rodeado por algunos barrios. Se encuentra delimitado por una pequeña barda de aproximadamente un metro de altura permitiendo que sea visible desde el exterior, no pretende ser invisible, y la gente que vive cerca convive con los muertos desde la lejanía. Para acceder al interior es necesario atravesar una gran puerta de herrería en forma de arco, para la gente de la comunidad, el arco es considerado como la división del mundo de los vivos y el de los muertos, la entrada a otra dimensión. Desde esta ubicación geográfica podemos observar que las tumbas de las dos partes que conforman al cementerio se encuentran mirando a dirección del templo de San Francisco y que se

corresponde también con la puesta del sol, pese a los intentos secularizadores aún permea un pensamiento religioso en torno a la muerte con tumbas que miran al lugar sagrado, o es acaso que miran a donde se pone el sol, como un recordatorio de su pasado precolombino, o será acaso algún resquicio de su pensamiento cosmogónico.



Imagen I. Cindy Vanessa Olvera Camacho. *Cementerio de Tzintzuntzan, tumbas de tierra.* 16/07/2013, Tzintzuntzan Michoacán

En el interior del cementerio se pueden apreciar diferentes clases de sepulturas, la mayoría son tumbas de tierra rojiza propia de la geografía del lugar, su distribución a lo largo del cementerio no muestra una uniformidad o un plano por calles como se realiza en los panteones citadinos, en su forma estilística tampoco presentan algún estilo dado para todas, pues algunas son planas, otras asemejan a pequeñas montañas. La individualidad de la tumba se encuentra dada por una delimitación que hace la gente con piedras o con ladrillos, dentro de esta misma categoría encontramos algunas que asemejan a pequeños

montículos prehispánicos en forma de yacata⁵ que pueden ser de forma circular o rectangular, generalmente de dos niveles, en ellas se puede leer como en el pensamiento de la comunidad aún continúan vivas sus raíces prehispánicas. Sin embargo, también se puede apreciarse el hibridismo cultural, ya que en las tumbas de este grupo, se pueden apreciar cruces de distintos materiales: herrería, madera o concreto.

En menor número se encuentran tumbas con cierto tipo de construcción, en los que se nota la influencia de los panteones citadinos, existen algunos monumentos funerarios que son generalmente de mármol o cemento, que asemejan pequeñas capillas con dos torres, otros son de caja triangular simulando un ataúd, en algunas de este tipo, el elemento ornamental es una cueva con alguna alusión religiosa y en la mayoría de los casos se encuentra sólo la cueva.

Dentro de las tumbas que cuentan con monumento funerario se localiza un sepulcro familiar, compuesto de cinco lápidas dos de ellas son pequeñas capillas con dos torres y las otras sólo cuentan con cruces de mármol, el sepulcro se encuentra delimitado por herrería y cabe señalar que son las únicas tumbas en el panteón que cuenta con un techo de lámina para protección de las inclemencias del tiempo.

Sumadas a estas se encuentran dos tumbas con construcción moderna, una casita de tabique con herrería, en el interior, está adornada con símbolos religiosos, flores y tiene una foto del difunto, la otra es de estilo art-deco, una pequeña casa curvada, con puerta de cristal en la que existe una mayor identificación del difunto pues también cuenta con un retrato.

Es importante señalar que Michoacán es un estado en donde el fenómeno migratorio es muy alto, y estas comunidades no son la excepción, por lo que consideramos que este tipo de monumentos funerarios en muchos casos son influencia y petición del migrante que buscan perpetuar el recuerdo a la usanza citadina, y los cuales son también una manifestación del nuevo status social de la familia. Dentro de elementos ornamentales de las tumbas ya sean de tierra o construcciones, encontramos algunas constantes, como lo son las coronas de papel, en algunos casos flores naturales, y en otros la decoración está dada por los arcos de madera que se utilizan en el día de muertos que dejan en el panteón, en

⁵ Basamentos piramidales de forma circular, que fueron construidas por los purépechas, de las cuáles ya solo se pueden observar en Tzintzuntzan y en Ihuatzio.

muchos casos se pueden apreciar algunas flores secas. Es importante señalar que pese a que la comunidad de Tzitzuntzan realiza diferentes tipos de artesanía como el tejido con palma, el trabajo con el barro y la cantera, esto no se ve reflejado en el panteón, salvo alguna que otra excepción.

Otras excepciones son aquellas tumbas en las que se encuentran sembradas algunas plantas de ornato e inclusive algunas que de su centro surgen árboles, esto es por demás interesante, símbolo palpable del pensamiento en torno a la muerte de la comunidad de Tzitzuntzan, en donde se muestra un deseo por retornar a la tierra, un sentido de pertenencia al lugar donde se nace y se vive, una visión cíclica vida- muerte-vida, antepasados que alimentan la memoria de los vivos y los hacen crecer con raíces firmes.

Para finalizar se encuentra la última morada, nombre que recibe una cabaña que se encuentra ubicada en la primer panteón, esta construcción cuenta con una plancha de cemento que está sostenida por dos ángeles de cantera que muestran en sus rostros y manos rasgos indígenas, al fondo se observa un pequeño altar en forma de concha, elemento indígena que era muy utilizado en las construcciones de la evangelización, protege tres cristos y algunas veladoras, es un espacio destinado para resguardar al cuerpo antes de su entierro.

El poblado de San Pedro de Cucuchucho, pertenece al municipio de Tzintzuntzan y se encuentra a 29 km. de la ciudad de Pátzcuaro, a 70km. de Morelia. El mestizaje de su nombre, tiene raíz lingüística purépecha que significa “lugar de flores”.



ImagenII. Cindy Vanessa Olvera Camacho. *Cementerio de Cucuchucho, elemento decorativo de cantera labrada de la región.* 16/07/2013, Cucuchucho, Michoacán

Cuenta con un camposanto que se encuentra en el costado derecho del atrio de la iglesia, en donde se pueden apreciar algunas tumbas antiguas, de las cuales ya sólo quedan montículos de tierra, en algunos casos sobre ellos están plantados un tipo de azucena blanca, que es común en la vegetación del lugar, sin embargo existen otras que no tienen ningún indicio y en donde la tierra se ha ido erosionando. En el atrio, cercano a la entrada principal, se encuentran tres tumbas con inscripciones, pertenecientes a sacerdotes de la comunidad.

Debido al desuso de este espacio como camposanto, se instauró el actual cementerio que data de la segunda mitad del siglo XX y que se encuentra a un kilómetro del poblado sobre la carretera, sin embargo aunque pudiera parecer alejado, es partícipe de la vida cotidiana, ya que a unos cientos de metros del lado derecho se encuentra la escuela primaria.

Una pequeña barda de aproximadamente un metro, da visibilidad desde el exterior y funge como la intermediara entre el bosque donde esta incrustado el panteón y del interior fúnebre, dando una sensación de comunidad con la naturaleza y con ello un respiro de tranquilidad.

El acceso al panteón es por una pequeña puerta de herrería, que como primera vista nos muestra un espacio cuadrado, con tumbas colocadas indistintamente, es decir sin distinguir alguna fila o cronología. Desde la ubicación de la entrada lo primero que se puede localizar es un altar de piedra, que al parecer estaba dedicado a una advocación mariana, pero con los estragos del tiempo y del temporal se ha ido borrando, haciéndola poco identificable. En él se encuentran un candelabro de barro artesanal muy común en la región, flores secas dentro de un bote de aluminio. En una piedra de cantera que se encuentra en el centro de la parte inferior, se puede leer: “21 de enero de 1963”.

En su mayoría el paisaje está ocupado por tumbas de tierra en forma rectangular, con excepción de una, que tiene forma redonda y que se encuentra delimitada por piedras. Pueden contar con alguna cruz, pero no con epitafios, incluso ni con el nombre o fecha de defunción, ante esta impersonalidad, surgen otros casos de individualidad de la tumba, que es dada por la utilización de otros símbolos: angelitos, vírgenes, carritos para tumbas de niños, flores, ollas, candelabros de barro, figuras de palma e incluso estructuras de madera, que son utilizadas para el arreglo floral en la festividad del día de muertos.

En algunos casos las tumbas de tierra son el hogar de plantas, que fueron sembradas con intención, o en otras la geografía ya dispuesta del lugar es usada como una extensión de la tumba para dar cobijo o como sostén de algunas cruces.

También existen algunos monumentos funerarios realizados en mármol, que semejan pequeñas capillas, y que están adornados con cruces o angelitos, en menor número se encuentran planchas de cemento, entre estos dos tipos de sepulcros, sí es común la utilización de inscripciones, con el nombre, la fecha de nacimiento y de defunción.

Sin embargo dentro del paisaje habitual no sólo se encuentran tumbas, sino otro tipo de elementos que pueden interrumpirlo, para formar un paisaje independiente, que generan otras imágenes y otra idea de panteón, así localizamos al fondo del cementerio un conjunto de milpas, que se relacionan y adaptan con las tumbas. No sabemos si fueron sembradas a propósito o de forma incidental, pero si nos da pauta para cuestionar alguna posible

relación con la cosmogonía purépecha y la importancia del maíz dentro de ella, o con el ciclo de la vida en donde los seres después de la muerte regresan a la tierra para nutrirla y dar subsistencia.

Otro elemento notable del panteón, es que en el centro de su espacio existe una cruz asimétrica de cemento, la cual está sobre un pedestal de piedra de dos niveles que se funde con la vegetación silvestre y que da la impresión de altar, y que es utilizado para montar veladoras, floreros y candelabros. Es importante señalar que se encuentra sobrepuesta entre dos antiguas tumbas, las cuales al quedar desfavorecidas a contraposición de la cruz, han perdido su carácter y conformación, quedando como vestigio dos pequeñas partes, en donde se observan algunas inscripciones.

El panteón al parecer no cuenta con algún tipo de mantenimiento, lo que da la apariencia de abandono y olvido, esto nos muestra la poca importancia que se le da a los restos del difunto, privilegiando al alma, encomendándolo en los innumerables simbolismos católicos que adornan las tumbas.



Imagen III. Cindy Vanessa Olvera Camacho. *Camposanto de la comunidad de Arocután* 16/07/2013, Arocután, Michoacán

Otro tipo de cementerio de la rívera se encuentra ubicado en Arocutín, municipio que pertenece a Erongaricuaró, se localiza sobre una colina, dentro del cinturón volcánico transmexicano, lo que ha originado que sea difícil su acceso, y que el trazado de sus calles sean angostas y estrechas.

El cementerio se encuentra en la parte más alta de la colina, desde donde se puede observar el lago de Pátzcuaro. Tiene la singularidad que está ubicado en el atrio de la capilla de Santa María de la Natividad, lo que le da un carácter de antiguo camposanto, el cual debe estar en uso desde la construcción del templo y de la casa cural contigua que datan desde finales del siglo XVI y principios del XVII.

El espacio que ocupa el camposanto, es cuadrangular y se encuentra rodeado por una barda de aproximadamente dos metros de altura, lo que evita la visibilidad hacia el interior. Su acceso se da por medio de dos grandes portones de metal, uno ubicado al frente del templo, la cual da entrada inmediata hacia las tumbas y otro al lado izquierdo, que da ingreso a la capilla.

El paisaje está compuesto por tumbas de tierra cuadrangulares, donde algunas están revestidas por piedras volcánicas, dando la impresión de pequeños montículos y otras delimitadas por dichas piedras. En menor medida están aquellas, donde sólo quedan vestigios de pequeños montones de tierra, que se confunden con la homogeneidad del ambiente. Debido a la naturaleza árida, del lugar, existe una escasa vegetación y un favorecimiento a la conservación de los cuerpos.

La mayoría de las tumbas presentan sencillas cruces de herrería, en donde se inscribe el nombre y fecha de defunción, en algunos casos en lugar de señalar la fecha de nacimiento se indica la edad de la persona en el momento de morir. Sin embargo hay algunas donde no existe ningún epitafio, quedando sólo a la memoria de los familiares la ubicación de su difunto, la cual se ve facilitada al ser pequeña la comunidad de los muertos y a que según lo recabado en entrevistas se señala que el panteón está segmentado por algunas familias.

Como elementos decorativos que las complementan se encuentran: jarrones de cerámica, veladoras, botes de aluminio que son utilizados como floreros, y algunas pequeñas flores plantadas, como única vegetación del lugar.

Sólo existe una tumba con un pequeño altar de mármol, que esta al ras de la tierra, el cual tiene una figura en miniatura de la piedad, sin embargo por su tamaño, mantiene la horizontalidad del paisaje. Otro sepulcro que resalta por su singularidad, se encuentra en lado izquierdo del fondo del atrio, el cual tiene una cruz de madera con una inscripción que se lee: “1915, un soldado desconocido de la revolución”, lo que nos da a suponer que es un recuerdo de parte de la comunidad a un héroe anónimo.

En contraste con los demás cementerios y debido a su ubicación se crean dos relaciones en torno a él, por una parte la cotidianidad, al ser frecuentado en los rituales religiosos y al estar rodeado de casas particulares e incluso al ubicarse a un costado del molino del pueblo, afirma una convivencia diaria con el espacio. Sin embargo, por otro lado se crea una relación impersonal, al estar limitado con muros altos, que estimula la sensación de un no lugar.

El aspecto cultural en torno a la muerte, en las comunidades de la rivera del lago de Pátzcuaro, se ve plasmado sobre todo en la noche del día de todos los santos en donde se conjugan diversos aspectos materiales e inmateriales que nos permiten conocer un poco más sobre su pensamiento. El cementerio se transforma en un en un punto de encuentro entre vivos y muertos, lleno de símbolos y rituales que ha nutrido a la cultura puréhepecha.

La fiesta transcurre del 31 de octubre al 2 de noviembre y es muy similar que en varios lugares del país, este trabajo no pretende hacer una descripción de la fiesta sólo retomaremos algunos aspectos que llamaron nuestra atención por las variedades culturales.

Una de las principales diferencias que hemos podido observar es que la celebración es motivada por un sentimiento de colectividad, en donde cada uno de los agentes tiene una importante participación, es familiar pero también es comunitario, y en la cual se plasma de una manera sutil el hibridismo cultural, pues el pensamiento indígena se entrelaza con los símbolos católicos.

Otras de las diferencias se encuentran dadas por la geografía misma, que marca la particularidad de la fiesta en cada región, que se nota sobre todo en la comida y decoraciones utilizadas en la ofrenda, así como también en la entrada de la celebración al mercado turístico, pues algunas comunidades como en el caso de Arocutín que se encuentra alejada y con caminos de difícil acceso, la geografía del lugar se convierte en una especie de caparazón aislante que les ha permitido establecer sus propias dinámicas, sin embargo en

años recientes se ha vuelto presente la triada turismo-paisaje-identidad, queriendo así tener un control de las modificaciones naturales de la cultura funeraria de la región, al establecer parámetros inamovibles. Lo que nos lleva a reflexionar que tanto este discurso sirve para mantener una identidad y resguardo de las tradiciones, o hasta que punto responde a intereses económicos. Puesto contrario a lo que pudiera pensarse las comunidades sólo se benefician con la poca venta que pueden hacer de sus artesanías o productos típicos de la región.

La celebración del día de muertos elevada a patrimonio cultural, ha modificado parte importante de la fiesta en la región, pues antes de ser elevada a este status en algunos lugares la visita al panteón sólo se realizaba en el día y no se hacía la velación, por ejemplo Cucuchuco era de los pocos cementerios en los que la velación se hacía desde tiempos antiguos. Con esto no queremos decir que la fiesta se haya modificado en su totalidad, pues aún pervive el sentimiento místico y sus símbolos principales se siguen manteniendo, existiendo una preocupación de la comunidad por conservar la tradición y la mirada del turista es bien recibida siempre y cuando este vaya con la intensión de conocer y mostrar respeto por sus costumbres.

Reflexiones finales

A lo largo de la investigación la motivación principal fue conocer un poco más sobre los cementerios de la rívera de Pátzcuaro, cabe señalar que la historiografía de estos lugares es casi nula, y que nuestras principales fuentes de estudio fueron las fotografías recuperadas durante un trabajo de campo e historial oral.

Dentro del aspecto metodológico la intención fue recuperar el concepto de paisaje cultural, para mirar los distintos aspectos que rodean la historia de los cementerios, y con esto poder empaparnos un poco sobre su visión de los muertos y de la muerte.

Podemos concluir que los cementerios de Tzintzuntzan, Cucuchuco y Arocútín presentan singularidades en su recuerdo material, ya que la gente no se preocupa por construir grandes monumentos funerarios ni la utilización de epitafios que ayuden a perpetuar la memoria, contrario a lo que nos habíamos imaginado. La muerte es vista tal vez como algo más individual e inmaterial.

La gente no acostumbra visitas frecuentes al panteón, limitando estas a los días de la celebración de la noche de muertos, lo que ha provocado que estos panteones den una apariencia de ausencia, y de olvido “y como dice la canción se quedan las tumbas olvidadas” (López, Pedro Guadalupe, entrevista, Tzintzuntzan, 16/07/2013)

Bibliografía

- Baker, A., y Derek, G. (Eds.). (1984). Some terea incognite in historical geography: an exploratory discussion. En *Explorations in historical geography: interpretative essays*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chartier, R. (1999). *El mundo como representación, historia cultural: entre la práctica y la representación*, Barcelona: Gedisa.
- Crang, M. (1998). *Cultural geography*. London: Routledge.
- De Ita, L. (2012). Sobre Mike Crang y el espacio en la historia y en la historiografía, reflexiones desde la geografía cultural. *Boletín de Investigaciones Geográficas*, (79).
- Foster, G. M. (2000). *Los hijos del imperio. La gente de Tzintzuntzan*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Lomnitz, C. (2006). *La idea de la muerte en México*, México: Fondo de Cultura Económica.
- López, P. G. (16 de julio de 2013). Entrevista. Tzintzuntzan, Michoacán.
- Marí, A. (2005). Tumbas, criptas, cementerios y otras formas de recogimiento. En D., Hallado. (Comp.). *Seis miradas sobre la muerte*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Oakes, T. S. y Price, P. L. (2008). *The cultural geography reader*. Estados Unidos - Canadá: Routledge.
- Oliveros Morales, J. A. (2006). *El espacio de la muerte*. México: Colegio de Michoacán - INAH.
- Ríos, G., Ramírez E. y Suárez M. (1995). *Día de muertos*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Quibal.